

respecto de Alemania como de cualquier otro pueblo; mas por el momento vivimos bajo el despotismo de la ira, y ésta rechaza el raciocinio como si nos hiciese traición. Confieso que a pesar de mis mejores deseos por ser sensato, me siento un tanto infeliz cuando descubro que el barbero o el criado que me sirven me hablan con acento alemán. Bien sé yo que esos infelices son tan inocentes de este gran crimen como lo soy yo: bien sé que su vida en estos días debe ser un infierno, y, sin embargo... preferiría no emplearlos. Y así en lo que respecta a la música de Alemania: hasta el mismo intenso lenguaje de Schumann, que es la expresión más fraternal y tierna en todo el reino del arte, pareceme el lenguaje de alguien de quien nos hallamos distanciados por algún incidente trágico.

EL ENEMIGO DE LA GUERRA

Pero el otro *motif* habrá de volver; hoy mismo podemos oírlo, aunque en débiles tonos, al través de la discordia. El *Testigo Ocular* en la línea de fuego, nos refiere que el oficial alemán conserva su actitud insolente hasta en el mismo cautiverio. Es el símbolo de la Alemania que combatimos, de esa Alemania que vamos a vencer; pero Liebknecht es el símbolo de la Alemania con que habremos de reconciliarnos. El se yergue allí, en este momento, el bravo entre los bravos de Europa, en ademán de desafío, resistiendo toda la corriente de la guerra; y, como ya dije, es significativo el hecho de que todavía esté en libertad. Las cosas pasaban de modo muy distinto en 1870, cuando Wilhelm Liebknecht, su padre —uno de los fundadores de la democracia social alemana—, fue reducido a prisión, en unión de Bebel, por haberse opuesto en el Réichstag a la proposición de anexionar la Alsacia y la Lorena. Karl Liebknecht ha ido mucho más lejos que su padre en aquel entonces. Fue él quien —cuando la prensa alemana avivaba la llama del odio contra los belgas con historias y cuentos de atrocidades cometidas contra los soldados alemanes— investigó todos esos decires en su misma fuente, en los hospitales y en otras partes; probó que eran falsos, y como tales los denunció en el periódico *Vorwaerts*.

Empero, ha sido en su oposición a la guerra en lo mismo que el doctor Liebknecht ha revelado su ver-

dadera valentía. Cuando sus hermanos socialistas opuestos a la guerra abandonaron el Réichstag, en los momentos en que se votaban los créditos de guerra, el 2 de diciembre, él permaneció en el recinto del Parlamento para consignar su protesta. El presidente le negó el uso de la palabra y, cuando presentó su discurso por escrito, el presidente se negó a insertarlo en los Anales. Empero, el discurso vive y, después de leerlo, no nos sorprende que el Káiser no se atreva a permitir que su pueblo lo conozca. Ese discurso denuncia la guerra, «preparada por los partidos de Alemania y Austria, obrando de consumo en obscuridad de un semiabsolutismo y de una diplomacia secretos, con la atención de ganarles de mano a sus adversarios». El grito en contra del *zarismo* fué una impostura. «La Alemania hermana del *zarismo*, esa Alemania que encarna el más alto exponente de reacción política, no tiene misión ninguna que llenar como emancipadora de pueblos. «La liberación de los pueblos rusos y alemanes ha de ser obra de ellos mismos». Sus palabras vivirán como una de las más célebres admoniciones de la historia:

«Como protesta en contra de la guerra; contra todos aquellos que son responsables de ella y han sido sus autores; contra los propósitos del capitalismo que ella ha de favorecer; contra los proyectos de anexión; contra la violación de neutralidad de Bélgica y el Luxemburgo; contra el reinado absoluto del derecho de la guerra; contra la violación social y política de sus deberes —violación de que son culpables el Gobierno y las clases directoras—, votaré en contra de los créditos que se piden».

LA OLIGARQUIA

No menos notable fué su discurso en la Dieta prusiana, pronunciado en este mes, cuando la burocracia reveló «la verdad desnuda de que en Prusia todo continuaba como antes». La guerra se había principiado como la promesa de que el infame sistema del sufragio basado en la propiedad sería abolido; pero, mientras los soldados se hallaban comprometidos en las trincheras, la oligarquía había repudiado la promesa. El pueblo iría a la muerte, mas no habría de tener ninguna recompensa; habría de libertar a los

rusos del *zarismo*, pero seguiría siendo, él mismo, esclavo político, esclavo de la trinidad del militarismo, la monarquía y el capitalismo. En esta ocasión se le permitió a Liebknecht que hablase; pero la Dieta se dispersó cuando se puso en pie para pronunciar su discurso; no osaron los diputados esperarse a oírle decir: «¡Cómo habrán de enseñar los puños nuestros soldados en las trincheras cuando sepan que se les ha hecho traición!»

La magnitud de esta traición apenas puede exagerarse. Prusia es la encarnación del despotismo. El sufragio de las tres clases excluye de manera tan efectiva al pueblo, de la representación, que en toda la Dieta sólo se cuentan siete socialistas. Agréguese a este hecho la circunstancia de que el Gobierno es responsable ante el Káiser —no ante el Parlamento— y se comprenderá cuán divorciado está el pueblo de los asuntos del Gobierno. Y, sin embargo, no falta quien nos diga que no hay cómo elegir entre el pueblo y la tiranía que lo esclaviza.

LA GUERRA DE IDEALES

Si tal cosa fuese cierta, habría en verdad razón para desesperar. Mas no es así. El periódico *Vorwaerts* sabía que esto no era cierto cuando declaró valerosamente —pues había sido ya suspendido varias veces— que «el control democrático del pueblo habría evitado la guerra». Es con el rey coronado de Potsdam, no con el rey sin corona de Potsdam, con el que nos hallamos en lucha mortal; y mientras no apreciemos este hecho no podemos comprender lo que en realidad motiva esta guerra. Ella no es una lucha entre este país y aquel, entre este y esotro pueblo, entre esta y aquella raza, sino entre dos ideales: el ideal despótico y el ideal de libertad; entre el absolutismo y la democracia; entre el imperialismo y la libertad nacional. Los combatientes se han entremezclado de una manera tan rara, que esta verdad es poco fácil de apreciar y hasta algunas veces bastante difícil de creer. Empero, la verdad es la misma, y en ella recide el único rayo de esperanza que nos alumbra en la inmensa tragedia.

Y el hecho de que Karl Liebknecht esté en libertad da en cierto modo la medida de esta esperanza, porque si el Gobierno creyese que podría correr el riesgo de reducirlo a prisión, ya hiciera tiempo que Lieb-